

El laborintus psicoanalítico.

“Yo soy el padre que faltó en tu niñez, y por el cual sufriste el valor de la falta. Yo soy él. No es magnífico ser arrasado por el asombro frente a la presencia de tu padre. Ningún otro Odiseo vendrá jamás, ya que él y yo somos uno solo, el mismo.”
Homero, *La Odisea*.

Hay una carretera, una carretera principal. Por allí se transita, por allí fluye, en el mejor de los casos, lo que puede moverse: los cuerpos, y con ellos, sus discursos. Van y vienen. A sus lados se crean los grandes asentamientos donde los seres pueden detenerse, donde pueden habitar, aglutinarse, llamados ciudades. “Todos los caminos conducen a Roma”, dicen, quizá no para que su inversión nos sea tan obvia: “Roma conduce todos los caminos”. Pero no perdamos la senda.

Por esta carretera se va de un lugar al otro, y viceversa. Se transita sobre ella en función de lo que nos indica su existencia. Sirve de referente si es que uno abandona por un rato el pisar su asfalto, con lo cual, no solo determina todo lo que esté sobre ella, sino también delimita una extensión circundante; un cartel en cualquier lugar puede anunciar: “Usted está a x distancia de la carretera principal”. Marca una direccionalidad de ida y vuelta, una orientación, y un campo.

“La carretera principal es algo que existe en sí y se reconoce de inmediato”, dice Lacan en el Seminario 3, cuando introduce la forclusión de un significante primordial, el Nombre del Padre, como causa estructurante de la psicosis. Es decir que en el caso de las psicosis, no hay carretera principal. No hay este significante primordial que “*polarice, aferre, agrupe en un haz a las significaciones*”. En su lugar, una serie de caminos secundarios, senderos sumados entre sí, agrupamientos de significaciones divididos que no guardan referencia alguna entre ellos, lo cual sirve para pensar muchos de los fenómenos elementales que allí se producen.

En la neurosis si hay carretera principal, en la que Lacan ubica lo que se dirime en torno a la cuestión “*ser padre*” enlazado a “*procrear*” en tanto significante. Aclara, que en tanto significante es muy otra cosa que “*copular con una mujer, que ella lleve luego en su vientre algo durante cierto tiempo, que ese producto termine eyectado*.”¹

Y luego agrega: “*El significante ser padre hace de carretera principal hacia las relaciones sexuales con una mujer*”. Si bien es una etapa muy iniciática de su enseñanza, la llamada primacía de lo simbólico, no está diciendo que la relación sexual existe, en tanto lo que desarrollará luego como la no complementariedad. Está diciendo que el significante primordial, el Nombre del Padre, viabiliza, habilita, la asunción de un significante esencial que posibilita al sujeto asumir ciertos lugares.

¿Qué es ser padre? Es una de las preguntas que atraviesan la obra freudiana, y alrededor del cual, para el sujeto en la neurosis, gravitan gran cantidad de mociones encontradas.

¹ Lacan, J.: El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3, Las Psicosis, Paidós, Bs.As, 1984, Pág. 418.

En “Dostoievski y el parricidio”, Freud plantea, por ejemplo, como ante la figura del padre circundan en el Edipo intenciones encontradas con desenlaces poco viables para la conciencia del yo del sujeto, por lo cual es de esperar que sobre ese factor recaigan las mayores fantasías de aniquilamiento. El deseo de la muerte del padre y la consecuencia castrativa, son aquí los factores determinantes en las identificaciones Edípicas trabajadas en este texto como punitorias. El padre freudiano será así partícipe necesario a la vía de acceso, y a la vez, la condena padeciente del neurótico. Padecimiento que tendrá sus mojonos establecidos mediante síntomas, el superyó, el ideal...

¿Qué otra cosa representa nuestro héroe mitológico ateniense Teseo, que al adentrarse en el laberinto de creta cumple así con su mandato de benefactor del pueblo como buen hijo del dios Poseidón? Este representante noble que porta los estandartes para la asunción de su destino como futuro rey de Atenas. Ya el poder asumir el lugar identificador de un héroe lo demuestra. Podríamos decir que está regido por un Nombre del Padre a la antigua. Este cumplió con su valerosa osadía, no sin la ayuda de Ariadna, quien por amor le entrega un ovillo de hilo que debe ir desenrollando al adentrarse al recinto de complicados ambages, para luego de dar muerte al minotauro, siguiendo el hilo de forma regrediente, encontrar la salida.

Cabe aclarar que luego no escapó, por más héroe o rey, a los infortunios del amor y del destino, al cúmulo de acciones y decisiones que le terminan resultando tortuosas para su vida, es decir, no escapa a estar bajo la égida del Nombre del Padre.

Ahora ¿qué pasa si esa carretera está, pero muy deteriorada, tan en decadencia al punto que su transitar se torna tan difícil que sus transeúntes comienzan a preferir tomar otros recorridos? Senderos intrincados y erráticos, engañosos, una comarca cuyos caminos secundarios se vuelven laberínticos al quedar sus indicaciones tan en desuso como la carretera principal misma.

Declinación no es caída, el María Moliner dice: apartar, evitar, disminuir, y también, declinar gramaticalmente, es decir, apartarse de la forma básica. Es interesante que en marina esté asociado a la brújula: “inclinarse una cosa hacia abajo”, es la acción de maestralizar, en la cual se declina la brújula hacia la parte donde viene el viento maestra, cuyo nombre proviene de ser el predominante en la región. Evidentemente hay significantes nuevos que se imponen frente al significante primordial, favoreciendo el apartarse de este, adentrando al sujeto en un embrollo Eschertiano.

En el Seminario 20, Aún..., Lacan se referirá al laberinto, cuando sustituye al sujeto del inconsciente por la rata en el laberinto, consecuentemente con un cambio en el discurso en lo social, donde dice que se sustituye el significante *saber* (relativo al saber inconsciente), por el significante *aprender*, significante privilegiado por la ciencia, y lo que podríamos llamar hoy una ayornada forma extrema de “*tecnocracia biopolítica*”.

En su relectura del caso Juanito de Freud, en el Seminario 4, Lacan caracteriza a estos sujetos como es una posición de espera, donde la iniciativa debe provenir del otro, dice liberalmente de estos varones: “*esperan que les quiten los pantalones*”.

Las derivaciones clínicas de esta función en declive, se presentan en los consultorios de los analistas con variopintas consecuencias.

Por ejemplo: ¿Qué pasa cuando la rivalidad especular se encuentra con un padre cuya mirada no se aparta del scrolleo de memes, cual rata que aprieta la palanca correcta para recibir su bolita de comida? ¿Qué pasa a nivel de las identificaciones provenientes del complejo de Edipo en lo concerniente a la figura de un padre semejante? ¿Qué relación a la castración guardan estos sujetos en función a una mayor dificultad en la asunción de un significante que metaforiza, esos “distintos grados de lo lacunar”, como lo llama Hugo Piciana, de acuerdo a una menor consistencia al volverse su operación también más laxa? ¿Qué pasa en el nudo en el cual la ley se articula con el deseo? ¿Qué nueva configuración del lazo social ha contribuido a fundamentar, sostener y extender en su alcance los cambios discursivos en el entramado de las sociedades?

En la apertura del libro que hoy presentamos aquí, Hugo nos dice: *“El nudo se aflojó. El lazo es laxo. Hay una hiancia, un nuevo agujero producido por la declinación del Nombre del Padre”*. La consecuencia es la paulatina pérdida de lugar y valor del deseo, el cual va dejando su lugar a la pulsión, el cual a su vez, sustituye gradualmente el discurso. *“Aflojándose el nudo se deshila el discurso y a la vez van tomando más consistencia los diferentes modos de goce”*, nos dice allí Hugo.

El psicoanálisis nos ofica de carretera principal a los analistas. A la sombra de Freud y de la mano de Lacan, se recorre de ida y de vuelta, sin perder la orientación que nos marca. Eso es lo que llamamos el campo psicoanalítico, todo aquello que ponemos en referencia al psicoanálisis. Teseo tenía el hilo de Ariadna, nosotros tenemos el deseo del analista y la transferencia, con los cuales, precavidos y cautos, podemos adentrarnos en estos laberintos donde estos sujetos que se presentan como *“des-deseantes”* deambulan sin brújula alguna. Quizá aquí convenga hacer una diferencia que nos permite la etimología de la palabra “laberinto”: una de sus procedencias es la “laborintus”, esto es un término procedente de *labor*, “trabajo”, e *intus*, “interior”: al cual le dan el sentido de: “trabajo para entrar”, “trabajo interior”. Con lo cual, se podría decir, que hay algo de una apuesta por poder pasar del *laberinto* al *laborintus*, de que el sujeto primero pueda entrar allí de donde quedó fuera.

Esperamos que de este libro puedan servirse, cada quién, para adentrarse sin perder el rumbo en estos temas tan caros a la clínica que se nos presenta con más preminencia hoy.

Y para terminar quisiera retomar algo que nos deja Hugo en referencia a la pregunta sobre un posible tratamiento, tomado del Seminario 10, la frase de Lacan: *“solo el amor permite al goce condescender al deseo”*, y teniendo en cuenta lo que dice en el Seminario 21: *“El desfiladero del significante por el cual pasa al ejercicio ese algo que es el amor es muy precisamente ese Nombre del Padre”*², por lo cual, lo que le debe un sujeto al padre es amor, ¿qué posibilidad de un modo al amor es factible en un sujeto que no queda en referencia a la falta, sino a nada?

Muchas gracias a todos.

Sebastian Cariola

² Lacan, J., (1973-1974) Seminario 21, “Los no incautos yerran”, clase del 19 de marzo de 1974. Inédito.

